

Even-Zohar, Itamar 1999. "La literatura como bienes y como herramientas". En Darío Villanueva, Antonio Monegal & Enric Bou, coords. *Sin Fronteras: Ensayos de Literatura Comparada en Homenaje a Claudio Guillén*. Madrid: Editorial Castalia, pp. 27-36.

La literatura como bienes y como herramientas*

ITAMAR EVEN-ZOHAR

Tel Aviv University

1. En mi trabajo «El Repertorio de la cultura y la riqueza de las entidades colectivas» (Even-Zohar 1997b) he propuesto analizar las actitudes actuales en el marco del pensamiento y el trabajo en -y sobre- la «cultura» a través una división sumaria de todas las perspectivas bajo dos grandes categorías: por un lado la concepción de la cultura como «bienes» y por el otro la concepción de la cultura como «herramientas».

2. En la concepción de la cultura como bienes, la cultura se considera como un conjunto de bienes valiosos, cuya posesión significa riqueza y prestigio. El poseedor de tal conjunto puede usarlo por lo tanto para mostrar sus riquezas. Este es un procedimiento (una práctica) que puede ser adoptado tanto por un individuo como por un colectivo organizado de individuos, específicamente una entidad social.

Los bienes pueden ser materiales o semióticos (problemáticamente llamados «simbólicos» en algunas tradiciones) -es decir, «palpables» y «no palpables». Importa poco, desde el punto de vista de sus funciones respectivas, si los bienes son

* Conferencia en la Universidad de Almería, 29 de abril de 1997, en el marco del seminario sobre Historia de la Literatura organizado por el Prof. Miguel Gallego Roca. Una parte fue también presentada en otra conferencia en la Universidad de Granada, el 28 de abril de 1997, organizada por el Prof. Antonio Sánchez Trigueros. Agradezco a Miguel Gallego Roca y a Antonio Sánchez Trigueros el haberme dado la oportunidad de presentar estas ideas.

el lapislázuli, un palacio, el agua corriente, un automóvil, un ordenador, un conjunto de textos o un grupo de productores de los mismos («poetas», «escritores»)/ una colección de piezas musicales, una colección de pinturas, esculturas, un teatro, y así sucesivamente. Una vez un conjunto definido de tales bienes llega a ser evaluable, puede asignársele un valor. Los bienes que no pueden ser evaluados por un mercado acreditado no pueden consiguientemente tener valor, y por lo tanto no son identificados -en esta concepción de la «cultura»- como «cultura». En esta concepción, se puede hablar de ciertas entidades como «carentes de cultura», si se diagnostica que no están en posesión de un conjunto definido de bienes requerido.

3. En la concepción de la cultura como herramientas, la cultura se considera como un conjunto de herramientas para la organización de vida, a nivel colectivo e individual. Estas «herramientas» son básicamente de dos tipos:

3.1. Las herramientas «pasivas» son los procedimientos con cuya ayuda la «realidad» se analiza, se explica, y llega a «tener sentido» para los seres humanos.

Esta perspectiva tiene de hecho raíces en la tradición hermenéutica: ésta observa el mundo como un conjunto de señales que necesitan ser interpretadas a fin de dar algún sentido a la vida. La idea de un «sistema modelador», desarrollada por Ivanov, Lotman, y otros semióticos rusos, determina todo un conjunto coherente de procedimientos con la ayuda de los cuales el mundo se organiza en la mente. Este principio es formulado por Lotman y Uspenskij (1971:146-147; 1978) de la siguiente manera:

El «trabajo» principal de la cultura [...] es la organización estructural del mundo que nos rodea. La cultura es un generador de «estructuralidad» y crea una esfera social alrededor del hombre que, como la biosfera, hace la vida posible (en este caso, la vida social y no orgánica) (según la traducción de Segal 1974:94-95).

3.2. Las herramientas «activas» son los procedimientos con la ayuda de los cuales un individuo puede manejar cualquier situación ante la que se encuentre, así como producir también cualquier tipo de situación. Según Swidler, la cultura es «un repertorio, o una caja de herramientas, de hábitos, habilidades, y patrones mediante el que la gente construye "estrategias de acción"» (Swidler 1986:273).¹

Esta perspectiva conecta por lo tanto con los conceptos de «actuar» y «actividad» más que con los de «entender», como es el caso de las herramientas pasivas. Evidentemente, es imprescindible «entender» para «actuar», pero lo que importa aquí es el principio de tomar decisiones activas y llevarlas a cabo, más que «extraer sentido» de situaciones determinadas.

¹ «a repertoire or "tool kit" of habits, skills, and styles from which people construct "strategies of action"».

4. Mientras las herramientas, «pasivas» o «activas», funcionan como organizadores de «vida», los bienes pueden considerarse como «organizadores» sólo indirectamente, a la práctica cuando se convierten, o son transformados, en herramientas. Es decir, cuando pueden ayudar a su propietario a convertir el valor que significan en una herramienta utilizable. Se trata en esta conversión de hacer (crear, producir) modelos -para comprender o actuar- a partir de signos o símbolos. El proceso es básicamente análogo a la transformación de ciertos materiales que pasan de tener valor simbólico a ser utilizados con fines prácticos, a ser herramientas, como ha sugerido Renfrew (1986).

5. Cuando se piensa en la literatura, este tipo de análisis me parece que puede ayudarnos a desarrollar una visión más amplia y tal vez una comprensión más adecuada de este fenómeno. Por supuesto, para poder trabajar en un marco parecido, se trata ante de todo de liberarse de la concepción de «la literatura» como sólo una colección de textos, sobre todo los «legitimizados». Si se acepta la idea de que podría servirnos mejor el tratamiento de «la literatura» como una red, un complejo de actividades, la distinción entre «bienes» y «herramientas» en esta red sería un paso adelante para liberar el análisis de la «literatura» del aislamiento que ha resultado de tratarla como un fenómeno *sui generis*,

6. *¿Qué sentido tiene entonces el concepto de «bienes» en el contexto de la literatura ?*

6.1. Se trata, muy simplemente, de un fenómeno histórico, que conocemos ya en las sociedades alfabetizadas más antiguas como Sumería, Akkad, Babilonia, Egipto y Asiría. Ya en Sumería, a través la escuela (*é-dubba*), emergió -quizás por primera vez en la historia de la humanidad— la institución de los textos canónicos, y con ellos la importancia de las personas capaces de reproducirlos. Esta relación básica, a pesar de los cambios enormes a lo largo de la historia, no ha cambiado. Para los que están involucrados en la producción, o en la reproducción, de textos -escritos o recitados- se trata en primer lugar de poder incluir sus productos en el grupo de textos canónicos, y por lo tanto evaluables y valiosos.

6.2. La idea de que unos textos puedan transformarse en bienes deseados no es necesariamente «natural», sobre todo cuando se trata de una competición entre poderes. Se entiende mejor por qué un rey como Kadashman-Enlil de Babilonia -como casi todos los otros gobernantes que tienen relaciones con el Faraón de Egipto- desea tanto el oro.² Pero, la historia de la transformación de productos no materiales en bienes valiosos no está todavía bastante explicada, aunque sea un capítulo muy

² Amenaza a Amenophis III de Egipto {siglo xrv a.C) que no le daría su hija como esposa si no le enviaba el oro prometido dentro del plazo fijado: «Lu 3 lim bilti sha hurasi subi - ul amahar; utaraku, u marti ana ahuzati ul anadin.» ([incluso] si me enviara 3 mil talentos de oro, no los aceptaría [ya], [si-no que] se los devolvería [a usted], y no le daría [a usted] mi hija como esposa.) (Knudtzon 1907-1915: 74/75, líneas 49-50; Mercer 1939; 14/15, líneas 49-50).

importante en la historia de la «literatura». Sin embargo, no se trata de un desarrollo histórico lineal, ni de un acontecimiento único que hubiera ocurrido de una vez por todas en unos tiempos antiguos. Al contrario, se trata de una lucha permanente, y con muchas fluctuaciones, por parte de los productores de textos, para convertir sus productos en bienes valiosos y, sobre todo, mantenerlos como tales.

6.3. El valor, al ser sobre todo simbólico, no requiere necesariamente una amplitud de producción. A veces, la capacidad de producción puede ser suficiente para que en «la lista obligatoria de bienes indispensables» se marque «OK» en la categoría relevante. En casos muy extremos las personas que en potencia están capacitadas para producir textos son más importantes que los productos. No puedo dejar de pensar, por ejemplo, en Asuracenturix, este poeta de la aldea gala de Asterix, que nunca tiene permiso para cantar sus poemas, aunque su papel como «el poeta de la aldea» sea indispensable. En Galicia, como sin duda en otros lugares, todavía se conocen estos «poetas de *aldea*» cuyos únicos productos textuales son sus descripciones detalladas de cómo van a escribir sus poemas. Estos casos, tal vez raros y extremos, se citan aquí para subrayar la importancia de distinguir entre todos los usos posibles de los textos y su valor simbólico, que funciona como un capital

6.4. Por supuesto, en la mayoría de los casos, para poder acumular este capital hay que invertir en mercancías relevantes. Por ejemplo, coleccionar textos, como hizo el emperador Asurbanipal de Asiría (669-633) que nos ha dejado una biblioteca enorme de casi 25,000 tabletas de arcilla. Y, además, coleccionar personas que produzcan textos. Tal como lo expresa Gentili, hablando de Grecia entre el siglo sexto y cuarto antes de Cristo, «[...] attraverso l'opera dell'artista, il ricco signore o l'aristocratico della città e soprattutto il tirano miravano a nobilitarsi e a consolidare il proprio potere politico» (1984:153).³ No hay que extrañarse de que encontremos estos bienes humanos entre los tributos que deben hacer los pequeños gobernantes a los más poderosos. Por ejemplo, el rey asirio Senaquerib se jacta de los recitadores, hombres y mujeres, que había obligado a pagar a Ezequías, rey de Judá, como parte de un exigente tributo. Sin duda, «poseer una literatura» (los textos y sus productores) equivale a «poseer riquezas apropiadas para un poderoso gobernante.» Es un importante componente de lo que quisiera denominar «los *indispensabilia* del poder».⁴

6.5. Sin embargo, en la historia de la literatura como bienes, estos bienes cambian de propiedad. De un estado en el cual para ser evaluables deben pertenecer a un gobernante, se transforman en bienes que pertenecen «a todos». Como tales, en vez de «ennoblecer y consolidar» el poder político de un gobernante, llegan a

³ [mediante el trabajo del artista, el señor rico o el aristócrata de la ciudad, y sobre todo el tirano, procuran ennoblecerse a sí mismos y consolidar su propio poder político.]

⁴ Para una discusión más detallada, véase Even-Zohar 1994.

ennoblecen y consolidan el sentimiento de identidad y bienestar de grandes colectivos. Además, la posesión de tales bienes se presenta -a través de la propagación por parte de quienes tienen interés en la creación o el mantenimiento de la entidad colectiva- como un signo de comunidad y riqueza compartida. Desde el siglo XVIII, el establecimiento de unas lenguas nacionales y unas literaturas nacionales es entonces equivalente al hecho de adquirir bienes para la propia identificación y la propia construcción, que en otros periodos caracterizaban sólo a los grupos dirigentes. El sentimiento del dirigente se ha trasladado del dirigente individual y del noble, a todo un cuerpo anónimo llamado «la nación». Cada miembro de este cuerpo, sólo por su participación en «la nación», ha ganado el derecho a compartir los bienes adquiridos. Así, el demostrar la adecuación de la lengua alemana a cualquier tarea espiritual e intelectual significa desde el punto de vista de «los alemanes» (siguiendo la descripción de Blackall sobre el nacimiento de Alemania): «no nos sentiremos ya inferiores a la nación francesa, o a cualquier otra nación». Tener una literatura que es incluso capaz de competir con otras implica de forma evidente que «nosotros somos una gran nación». Para cualquier individuo inserto en una comunidad, la grandeza de la nación le confiere también una grandeza individual: «soy grande, porque pertenezco a una nación que ha generado a Goethe», No existe demasiada diferencia con el tipo de sentimientos que implica cualquier competición: «soy grande porque pertenezco a una nación cuyo equipo de baloncesto ha ganado la Copa de Europa». Simplemente «vale la pena» ser miembro de una nación así, y este mérito se convierte en un poderoso factor para fortalecer y alimentar el sentimiento de pertenencia.

6.6. Desde el punto de vista de los *productores* de textos, en una perspectiva histórica, es interesante observar cómo han tenido éxito en liberarse -en los países democráticos- de su dependencia total de los poderes, sin perder la opción de mantener el valor de sus productos para continuar beneficiándose de su posición privilegiada en términos culturales y económicos. El *status* de la «literatura», y de sus agentes y trabajadores, resulta en el mundo actual casi incontestable. Es decir, que hay que invertir relativamente poco en mantener el *status* adquirido, a pesar de que -sobre todo en términos económicos- está amenazado por los productos llamados «populares» de los *mass media*.

Esta liberación respecto del poder junto con la valorización continuada de los productos como bienes valiosos ha sido alcanzada a lo largo los siglos XIX y XX a través una autonomización relativa de las actividades literarias (Bourdieu 1971), Es posible rastrear esta lucha, por ejemplo, analizando las carreras de «les poètes maudits» franceses.

Pero, esta liberación ha generado también una indiferencia casi completa hacia la literatura por parte del poder en algunas sociedades, en las cuales la literatura, los escritores, y también la intelectualidad entera, han perdido su posición casi de primacía. Me refiero sobre todo a países como los Estados Unidos.

7. ¿ *Qué sentido tiene, por otro lado, el concepto de «herramientas» en el contexto de la literatura?*

7.1. Básicamente, son válidos para la literatura en este contexto los mismos principios que para la cultura en general. Es decir, que, por un lado, la literatura sirve para proporcionar modelos de explicación del mundo, de la realidad. Por otro lado, funciona para proporcionar modelos de actuación.

7.1.1. *Herramientas para entender el mundo.* En el primer caso, se trata de «entender» la vida. Esta función ya es pertinente en los textos más antiguos de la civilización, como los de Sumeria y Akkad (Babilonia). En ellos se explica la creación del mundo, la función del amor, el hecho de la mortalidad del ser humano, la naturaleza, y cómo puede relacionarse el mundo de una humanidad organizada con el de los seres salvajes. Postulan la causalidad, la regularidad y la simplicidad de gran parte de los hechos conocidos y de las cuestiones cotidianas, así como de las no cotidianas.

En este sentido, poco ha cambiado desde aquellos tiempos remotos de la historia humana. Los textos más recientes de nuestra época, escritos o cinematográficos, continúan haciendo el mismo trabajo: nos proporcionan explicaciones, relativamente coherentes, de una realidad compleja. En resumen, se trata de un repertorio bastante restringido de modelos explicativos.

7.1.2. *Herramientas para actuar en el mundo.* En el segundo caso, se trata de modelos de actuación. Es decir que los textos proporcionan no sólo explicaciones, justificaciones y motivos, sino también -o a veces en primer lugar— esquemas (o *scripts*) de acción. La gente que lee o escucha (o mira) estos textos no sólo recibe de ellos concepciones e imágenes coherentes de la realidad, sino que puede extraer de ellos instrucciones prácticas para su comportamiento cotidiano. Así, los textos proponen no sólo cómo comportarse en casos particulares (por ejemplo, cómo comer o hablar, besar o reaccionar a un acontecimiento cualquiera), sino cómo organizarse la vida: si ejercitar o no, y de qué manera, diversas opciones. Por ejemplo, enamorarse, casarse, tener hijos, trabajar o evitar todo trabajo, sentirse feliz de morir por la patria... En resumen, se trata de un repertorio bastante restringido de modelos para su ejecución.

7.2. Por supuesto (tal vez tengo todavía que subrayarlo), no se trata sólo de textos, sino de la totalidad de las actividades involucradas en su producción, distribución, repetición y valoración. En resumen, de una red de papeles y posiciones, que constituyen juntos lo que hemos llegado a llamar «la literatura». Los modelos que los textos ofrecen necesitan la mediación de agentes para ser efectivos, Y -como he discutido en otros trabajos-⁵ se trata de un conjunto complejo de relaciones heterogéneas (brevemente, un «polisistema») entre varios factores socio-culturales.

⁵ Específicamente en «El "sistema literario"» (versión en inglés en Even-Zohar 1990; traducción al castellano en la *web*- 1996b. Para una versión más actualizada, pero sin discusión particular acerca de la «literatura», véase Even Zohar 1997a).

7.3. Es esta totalidad, esta red de actividades que funciona como una industria de herramientas indispensables para la organización de la vida, la que explica -como ya consta desde las formulaciones de los semióticos rusos (Lotman, Ivanov, Uspenskiy)- la fuerza enorme de la literatura a lo largo de la historia. En esta concepción, la «literatura» no figura como un instrumento «estético» o una diversión para los privilegiados. Se trata, al contrario, de una institución social muy poderosa e importante, uno de los instrumentos más básicos de la mayoría de las sociedades humanas, para ordenar y manejar su repertorio de organización de vida, es decir, su cultura.

7.4. Como en la cuestión de los bienes, también aquí el aspecto sobresaliente de la interacción socio-cultural es quiénes son los que controlan y manejan los repertorios. Si en el caso de los bienes lo que importa es a quiénes pertenecen, en este caso se trata de quiénes tienen la capacidad de determinar cuáles serán los repertorios reales -es decir, no solo los repertorios oficiales, sino también los que efectivamente la gente emplea en su vida-.

7.5. Las llamadas luchas por el canon en la historia de la fabricación de textos son sin duda -en particular cuando la literatura mantiene una posición fuerte- conflictos de intereses acerca de quién tendrá la legitimación y la capacidad para producir y proponer repertorios que funcionen como almacenes de herramientas para manejar la vida (colectiva y individual). Es por eso que el canon literario -tanto si es entendido como un repertorio de modelos más o menos obligatorios de producción, o como un almacén de valores inmortales- ha llegado a ser una institución tan fundamental.

7.5,1. Cuando los textos funcionan como portadores oficiales de los modelos canónicos del mundo, por supuesto ayudan a mantener el orden social y político de los países donde son conocidos. Pero la literatura ha tenido a lo largo de su historia secular relaciones cambiantes con el poder. Mientras vemos en varias épocas productores de textos al servicio del poder hasta el punto que no sabemos nada de su identidad- ya en el antiguo Israel (y luego en la antigua Grecia), por primera vez en la historia de la humanidad se han producido textos con aspiraciones manifiestas de funcionar como herramientas de organización de vida sin la aprobación del poder. Con bastante frecuencia (en el caso de los profetas israelíes, o de los filósofos griegos) incluso en confrontación con él.

Este desarrollo de la producción «libre», como sabemos, se ha intensificado después, y, consiguientemente, la lucha por controlar los repertorios de vida a través de la literatura se ha visto casi siempre implicada en conflictos de intereses no sólo entre grupos de diversos productores (tal como describen generalmente la historia de la literatura los literatos), sino también entre el poder y quienes han podido liberarse -al menos hasta cierto punto- de su dependencia de él. Por supuesto, desde el punto de vista del poder, tanto si se trata de un Zar Nicolai o de un Stalin o de un Franco -pero también (de distinta manera, sin duda) de un Mitterrand- los repertorios propuestos por una industria más o menos «libre» {o menos dependiente} son demasiado peligrosos. (Lo son, obviamente, porque pueden estar en conflicto

con los repertorios preferidos y deseables para el poder.) Por consiguiente, hasta cuando no pueden controlar directamente esta industria, los poderes intentan hacerlo a través de un control indirecto. Este puede expresarse hoy en día de varias *formas*. Por ejemplo, un tratamiento bastante generoso de los productores -o la industria entera- en forma de subvenciones, becas, posiciones en la Administración (ministros, embajadores), o a veces simplemente de *una* imitación a un Roland Barth.es a tomar el té en el palacio del Elíseo con el presidente de la República, una intervención más activa tiene lugar también a través de la inclusión y la exclusión de textos de las selecciones escolares y mediante múltiples otros métodos abiertos o escondidos.

8. *La conversión de bienes en herramientas y de herramientas en bienes*, Los dos aspectos discutidos -el de los bienes y el de las herramientas- nos permiten escribir dos historias diferentes de la literatura. Sin embargo, aunque sea posible distinguirlos el uno del otro, existen razones -por otro lado- para intentar también analizarlos en su interdependencia. Esta puede añadir una dimensión a cualquier historia nueva, porque podría explicar las circunstancias que hacen posible que la literatura mantenga o pierda su posición en la actividad incesante para manejar los repertorios de vida en la sociedad. Cuando al menos parte de la red de actividades relacionadas con la literatura es considerada como valiosa, es decir, como bienes, es más simple para los productores y los agentes (los que tienen interés en emplear los productos literarios) utilizar los diversos aspectos de su industria para hacer que sus modelos resulten aceptables como herramientas *para la vida*. Por supuesto, lo contrario se aplica igual mente: cuando la literatura tiene éxito al proponer herramientas útiles, casi automáticamente adquiere valor como bien indispensable,

8.1. Esta relación dinámica entre la función como bienes y la de herramientas no ocurre necesariamente en cada época. A mi me parece que durante varios periodos en la historia la literatura no tenía más que su valor como bienes, sin alguna posibilidad de transformarse en herramientas. Pero se podría argumentar hasta en esos casos (la poesía cortesana medieval, el teatro francés de las «*pièces bien faites*», son tal vez ejemplos válidos), que la función de herramientas ya está sin embargo presente, aunque en modo débil. De todos modos, aquí -como en muchos casos semejantes- es la medida lo que cuenta, o más sencillamente: la función mayor. La propuesta de Renfrew -de aceptar la posibilidad de que ciertas cosas sean en primer lugar sólo bienes antes de transformarse en herramientas después de un desarrollo complejo- puede sugerir para el análisis de la literatura un punto de vista que al menos valdría la pena de examinar. La otra dirección, es decir la conversión de herramientas en bienes, parece más comprensible.

9. Finalmente, las propuestas adelantadas en este trabajo tienen, en mi opinión, dos implicaciones más allá de servir como soluciones a problemas profesionales como «cómo escribir más adecuadamente la historia de la literatura».

En primer lugar, ayudan a integrar la investigación de la literatura en un marco más amplio, concretamente en una disciplina de investigación de la cultura, no a través de una reducción, sino totalmente al contrario: subrayando la función más distintiva y manifiesta de la literatura en la creación y en el mantenimiento de la sociedad a través de su cultura.

En segundo lugar, sin hacer referencia particular a cuestiones como la posibilidad de desarrollar disciplinas «mejores» (o «más adecuadas»), nos dan -si opinamos que hay todavía razón para mantener los estudios literarios- un instrumento eficaz para mostrar que al estudiar e investigar la literatura aportamos algo importante a la comprensión de la sociedad en la cual vivimos. Sin embargo, hay que pagar un precio que muchos «literatos» no quisieran. Hay que liberarse de la identificación automática, que es el resultado de la evolución histórica descrita en este trabajo, de la literatura con un «valor» positivo, estético (en el sentido de tener validez atemporal) o de otro tipo, y con la idea popular de que es portadora de una verdad, auténtica o profunda -más allá de lo corriente-, acerca del mundo. Es precisamente sobre este conjunto de *doxa* que está basada actualmente la reputación de la literatura. Pero, al tratarse de una base que depende de las relaciones de poder, podría derrumbarse de un día a otro, y hacer que el grupo literario entero se convirtiera en irrelevante y marginal. Es hora de tratar la literatura académicamente y no como agentes de bolsa.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre. 1971. «Le marché des biens symboliques», *L'année Sociologique* 22, pp. 49-126.

----- 1980. «Mais qui a créé les "créateurs"», *Questions de sociologie*, Paris, Minuit, pp. 207-221.

----- 1992. *Les règles de Vari: Genèse et structure du champ littéraire*. Paris, Seuil.

Even-Zohar, Itamar. 1990. «The "Literary System"», *Poïysysiem Studies [=Poetics Today* 11 (1)1, pp. 27-44.

----- 1994. «La Fundón de la literatura en la creación de las naciones de Europa», en *Avances en Teoría de la literatura: Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas*, ed. Darío Villanueva, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 357-377. También accesible en: <http://www.tau.ac.il/~itamarez>.

----- 1996a. «The Role of Literature in the Making of the Nations of Europe: A Socio-Semiotic Examination», *Applied Semiotics / Sémiotique appliquée* (A refereed periodical on the WWW), University of Toronto, 1 (March 1996), pp. 20-30. (Version en inglés de Even-Zohar 1994; también accesible en: <http://www.tau.ac.il/~itamarez>.)

Even-Zohar, Itamar. 1996b. «El "sistema literario"», accesible en: <http://www.tau.ac.il/~itamarez>.

-----, 1997a. «Factors and Dependencies in Culture; A Revised Draft for Polysystem Culture Research», *Canadian Review of Comparative Literature*. La segunda parte también accesible en la Web: <http://www.tau.ac.il/~itamarez>.

-----, 1997b. «Culture Repertoire and the Wealth of Collective Entities», <http://www.tau.ac.il/~itamarez>.

Gentili, Bruno. 1984. *Poesia e pubblica nella Grecia antica, da Omero al V secolo*, Storica, Roma, Laterza.

Knudtzon, Jörgen Alexander. 1964. *Die El-Amarna-Tafeln*. Jörgen Alexander Knudtzon, 1854-1917, y Otto Weber, 1877-1928. Vorderasiatische Bibliothek [2. Stuck], Aalen, O. Zeller. Primera edición: 1907.

Lotman, Jurij, y Boris Uspenskij. 1971, «O semioticheskom mexanizme kul'ru ry», en *Trudy po znakovym sistemam* VI. Tartu.

-----, 1978. «On the Semiotic Mechanism of Culture», *Nero Literary History* IX.2, pp. 211 -232.

Mercer, Samuel A. B. 1939. *The Tell El-Amarna Tablets*, Macmillan Co. of Canada.

-----, y Frank Hallock, 1983. *The Tell El-Amarna Tablets*, New York, AMS Press.

Renfrew, Colin. 1986. «Varna and the Emergence of Wealth in Prehistoric Europe», en *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Ed. Arjun Appadurai, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 141-167.

Segal, Dmitri. 1974. *Aspects of Structuralism in Soviet Philology*, Tel Aviv, Porter Institute.

Swidler, Ann. 1986. «Culture in Action: Symbols and Strategies». *American Sociological Review* 51 (abril), pp. 273-86.